

Jean-Pierre Vernant

ENTRE MITO Y POLÍTICA

Prólogo

Al final de la carrera es cuando uno se pregunta -o, más exactamente, cuando se nos pregunta- acerca del camino que hemos seguido. La respuesta es difícil. Al comienzo uno se fija direcciones... a mí me agradaba proclamar, en mi juventud, como si fijara un lema sobre una bandera: un gran amor, una gran tarea, una gran esperanza. ¡Hermoso programa! Fuera del amor, del que no diré nada, hoy veo que en lugar de un itinerario único, existieron peregrinaciones, rodeos y múltiples rutas -y hubo entre ellas tantas elegidas como otras tantas a las que fui empujado-. Se avanza con el tiempo; aunque sería más exacto decir que se es impulsado, no de golpe sino por partes... para encontrarse finalmente donde uno no se había propuesto llegar: a otra zona de uno, que es también una manera de continuar siendo uno mismo.

Así, aunque tengo una pluma, ésta no es de ningún modo autobiográfica. Ella inclinaría mis dedos a la pretensión de contar el recorrido de mi vida: pero, ¿cómo se desenredaron los hilos y con qué provecho? Además, ¿se recorre la vida como una comarca, explorando el terreno todo a lo largo o como se recorre un libro, hojeándolo en diagonal, saltando páginas, precipitándose sobre alguna idea, sin conocerla verdaderamente?

Sin embargo, es la palabra "trayecto" la que se nos ha aparecido en mente como título de este libro cuando discutía con Maurice Olender: su amistad me decidió finalmente a emprender esta compilación y a confiársela, al mismo tiempo que a encomendar a Hélène Monsacré su composición. Una compilación es un poco como una vida: un rompecabezas hecho de piezas y de fragmentos. Sin embargo, hasta en la bolsa que un mendigo porta consigo -y donde aparentemente guarda todo lo que por azar llega a sus manos- existe un orden que revela tanto la elección como el azar. Para quien sepa mirar, eso resulta un testimonio del perfil y del itinerario de esa persona. Podría decirse que la decisión de titular este volumen *Entre mito y política* marca justamente el espacio donde se sitúan, pese a sus diferencias, los textos reunidos. Cuando miro hacia atrás, me digo que en efecto se puede representar el curso de mi vida y mi trayectoria científica como una línea tendida, quebrada a veces, entre dos polos enemigos -pero enemigos íntimos-: los dos polos opuestos y asociados del mito y de lo político. Para las personas de mi generación que han conocido -y para

algunos, que han acompañado- al joven antifascista que fui en el Quartier Latin, el resistente del sudoeste, el militante anticolonialista de la posguerra, es inútil trazarles un perfil. Ellos ven lo que *Entre mito y política* puede querer decir. Pero para los otros, los más jóvenes, aquellos tiempos de los que resta ya tan poco -el nazismo, el comunismo, la Ocupación, la Liberación-, deben parecerles tan extraños y opacos como la época de Juana de Arco o de Carlomagno. He querido reunir, como si fueran las piezas de un rompecabezas, esta multiplicidad de escritos, en parte con la esperanza de hacer comprender a estos jóvenes cuál era entonces el horizonte en el que se inscribían nuestro pensamiento y nuestra acción y el modo en que este marco, que limitaba simultáneamente al uno y a la otra, cegándoles a veces, confería a cada uno de nosotros sentido y fuerza.

Por eso, *Entre mito y política*. De todos modos, es preciso cuidarse de interpretaciones demasiado simples, tan tentadoras como las que esta fórmula, en su aparente claridad, puede sugerir naturalmente. Podrían, por ejemplo, alinearse bajo el nombre *mito* el conjunto de estudios que emprendí sobre mitología griega y bajo la rúbrica *política* mi acción militante en los acontecimientos contemporáneos. Se imaginaría así un recorrido que, en la medida de las circunstancias, me habría llevado a ir y venir en zigzag, de la Antigüedad al mundo de hoy, de la investigación pura y desinteresada al compromiso partidario, del sabio aislado en su biblioteca al hombre público que lucha codo a codo con sus camaradas. Pero un esquema de ese género no daría cuenta ni del helenista ni del militante. En este retrato de doble faz, ni uno ni otro se reconocerían.

En primer lugar, porque la indagación "científica" sobre la antigua Grecia no se limita ni a lo religioso ni a lo mítico. Esta indagación estaba orientada desde el principio a desarrollarse en la dirección de lo político, de cuya emergencia buscaba asir las condiciones, marcando la serie de innovaciones sociales y mentales a las que, junto con el nacimiento de la ciudad como forma de vida colectiva, estaba ligado su surgimiento. El terreno de la Antigüedad debía dar al historiador la ocasión de cercar mejor las fronteras que separan el pensamiento mítico-religioso de una racionalidad griega comprometida con lo político, asociada a él en la medida en que ésta es hija de la *polis*.

En el otro extremo, el de la política moderna, el desarrollo de la historia no ha dejado de abrir los ojos del militante sobre la parte de ilusión, de utopía, de mito que, al margen de los motivos de orden racional y del análisis objetivo, dirigía su visión del mundo y determinaba su compromiso. Tanto en la ciudad antigua como en nuestros estados modernos, y tanto en el camino del estudioso como en las elecciones del militante, los dos extremos del mito y de lo político están representados en mayor o menor medida, sin que el equilibrio entre ellos se rompa jamás entera o definitivamente en provecho de uno o de otro.

Es preciso ir más lejos. El historiador apenas ha delineado la frontera entre mentalidad mítico-religiosa y racionalidad política que está tentado, si no de cuestionar, al menos de relativizar, subrayando su carácter indeciso, flotante, poroso. Si el mito no comportara él mismo sus formas de racionalidad propias, no se ve cómo habría logrado desembarazarse de otras. Puede pasarse de un orden intelectual a otro diferente, no al del caos, no del de la ausencia de orden a alguna cosa. También mi tarea, en ese dominio, como la de los mitólogos que me han precedido o que se han asociado a mí, habrá sido la de deducir, en las tradiciones legendarias griegas, las estructuras que determinaban el orden de los relatos y, más profundamente, la organización intelectual subyacente al trabajo de la imaginación mítica, a esta obra de creación que opera siguiendo una lógica, que, en lugar de atender a la no-contradicción, juega sobre la ambigüedad de nociones y de enunciados.

En el otro extremo de la cadena, en aquello que el especialista de la Antigüedad alcanza -difícilmente- a aprehender sobre el origen de la ciudad, sobre la figura de los aparentes fundadores y sobre las finalidades y los procedimientos de su acción pública, lo religioso y lo legendario no sólo están presentes junto a lo político sino incluidos en él (el inspirado adivino Epiménides junto al legislador reformador Solón). En el político griego hay una dimensión religiosa, incluso si implica un proceso de "laicización". Aun cuando un régimen democrático se ha establecido como el de Atenas en la época clásica- no podría comprenderse cómo han funcionado las instituciones, ni lo que ha sido la práctica social cotidiana de los ciudadanos, si no se tomara en cuenta lo que Nicole Loraux ha llamado una "Atenas imaginaria", sin la cual la vida política "real" no habría podido ser lo que fue.

Esta interacción de los contrarios, su unión mantenida en y por la tensión que los opone, no hace más que recordar al helenista las fórmulas de Heráclito sobre el mundo como un acuerdo de fuerzas antagónicas, tensiones alternativamente tendidas y distendidas a la manera de la lira y del arco. Ellas le permiten asir mejor la comprensión actual de uno de los aspectos mayores de su investigación, cuando se empeña en extraer del mundo antiguo, por un lado, las razones del mito; del otro, la dimensión del imaginario en el seno de lo político. Entre pasado y presente, entre indagación erudita sobre los tiempos antiguos y la participación activa en los combates de hoy, al margen de los contrastes que los oponen, hay interferencias, deslizamientos, zonas de revisión de las que este conjunto de textos querría hacer percibir el eco.

Al comienzo del libro, los "Fragmentos de un itinerario" parecen textos pronunciados en ocasión de fechas o ceremonias significativas que han jalonado mi camino, desde los debates sobre cuestiones de método y de fondo y conversaciones propias hasta algunas confidencias. Se trata de señalar las principales etapas y las grandes orientaciones de un trayecto científico. En *Psicología y*

antropología histórica hago explícitas mis raíces intelectuales, mi filiación como investigador. Pago mi deuda a los dos maestros que me han formado: Ignace Meyerson y Louis Gernet. A esos testimonios añado, como contribución personal a una antropología histórica del mundo antiguo, el análisis general que he propuesto últimamente, donde intento trazar un cuadro del hombre griego.¹ Sobre ese aspecto de mi itinerario uno se puede referir hoy a los dos tomos del libro publicado por Ricardo di Donato bajo el título *Pasado y presente. Contribución a una psicología histórica*.² Lo que le interesa a R. di Donato en su perspectiva de historiador y de archivista, es coleccionar y colegir todos los documentos, de entre mis escritos, que se vinculan de cerca o de lejos con la psicología histórica y aclarar, a través de ellos, la manera según la cual esta nueva disciplina ha podido ponerse en marcha en el estudio del mundo antiguo, qué caminos ha contribuido a abrir, en qué ha modificado la mirada de la Antigüedad.

Uno entonces no se sorprenderá, después de estas indicaciones, de que dos de los más extensos capítulos de la presente recopilación estén consagrados, uno a las mitologías, el otro a las racionalidades griegas, ambos en plural -como lo que en sí mismo rehusa colocar una Razón única e intemporal confrontada con un Mito que no lo sería menos-. Formas diversas, pues, de racionalidad política y de fabulación legendaria: a esas dos entradas me faltaba agregar como tercera instancia el tema de la imagen, del imaginario, de la imaginación: ¿en qué momento, según qué modalidades y en qué sectores de la creación plástica y literaria los griegos han concebido lo ficticio como constituyendo un dominio específico de experiencia -diferente tanto de la simple apariencia, como de la plena realidad-: es decir, el mundo propiamente humano del arte o de las artes?

Si dos conjuntos de textos vienen a enlazar complementariamente el campo de los estudios antiguos, es que los problemas que ellos implican encuentran hoy, de manera muy directa, su prolongación: en primer lugar, la tragedia y lo trágico; luego el tiempo, la mortalidad de los hombres frente a la inmortalidad, la permanencia de los dioses.

Los artículos reagrupados al fin de este volumen son de otra naturaleza y exigen algunas explicaciones. Los he separado en dos grandes apartados, uno titulado "Política: desde dentro, desde fuera", otro, "París-Moscú".

En el primero, figuran dos textos que redacté antes de haber abandonado el Partido Comunista, cuando todavía estaba *dentro*; los otros, más recientes, son posteriores a mi partida. No están destinados, si puedo decirlo, ni al consumo interno, ni especialmente dirigidos a los militantes del PC. Me expreso en lo sucesivo en mi propio nombre; hablo desde *fuera*. Pero, también ahí, las cosas son menos simples de lo que parecen.

Los dos análisis políticos *internos* se sitúan, por las críticas que les formulan y las proposiciones que anticipan, en el exterior de la

línea del PC, en oposición declarada a su práctica política y a su dirección. Elaborada conjuntamente por Víctor Leduc y por mí, la carta de la célula Sorbonne-Lettres que cuestionaba toda la estrategia del partido ha sido naturalmente combatida y condenada en todos los peldaños de la jerarquía. El análisis crítico de la política argelina del partido ha sido publicado, bajo el seudónimo de Jean Gerôme, en *Voies nouvelles*, que hicimos aparecer, como tribuna de la oposición comunista, para gran daño de la voz oficial.

Mi intervención luego de las jornadas de mayo del 68 tomó lugar en el concierto de las protestas que agitaba, en la mayor parte de los intelectuales y en otros medios, la actitud de la dirección del PC respecto de la respuesta estudiantil. Para los dirigentes del partido, desde mediados de los años cincuenta, yo me encontraba bien como miembro del PC; ahora estoy, junto a otros de mis compañeros, afuera. Y a mis ojos también hay, entre ellos y nosotros, una línea de separación infranqueable.

Los dos textos breves, muy posteriores, que conciernen a 1940 y a la bomba de la calle Copérnico, no tienen nada que ver con el comunismo. Llevan, sin embargo, la marca de eso que yo viví cuando pasé por allí. Así como existen fracturas en lo que uno imagina monolítico, existe continuidad más allá de las rupturas y los cambios. *Dentro y fuera*, simultáneamente.

Para el último capítulo, uno se preguntará y se me preguntará: ¿por qué "París-Moscú"? En 1932 -acababa de ingresar en el comunismo- conocí, en las vacaciones veraniegas en Saint Jean-de-Luz, a todo un grupo de jóvenes rusos, muchachos y muchachas, sobre todo muchachos cuyos nombres en "a" ¡no dejaban de sorprenderme!³ Hijos de inmigrantes, sus padres, ex socialdemócratas o socialistas revolucionarios refugiados en Francia, no eran ni blancos ni rojos: rosas. Unida y diversa, esta banda a la que yo me unía me estaba próxima, por todo eso que tenía en común conmigo y a la vez por lo que me aportaba de diferente, de insólito en sus maneras de ser, en sus maneras de vivir, de pensar, de expresarse. A mi existencia de joven estudiante en la Sorbona, al círculo de mis compañeros del Quartier Latin, este grupo añadió una dimensión nueva que me abriría al descubrimiento de otro mundo: un poco de Moscú en mi París. Podría decir, como escribe Aragon: "Amaba ya a los extranjeros" Lida tenía, en esa época, catorce años; yo, dieciocho. Nos casamos en 1939. Y es con ella, a través de ella, por sus ojos y por su voz, que yo conocí la cultura rusa: novelas, poesía, teatro, pintura, danza, música, cantos, y a esta Rusia que se ha convertido en una parte de mí.⁴ Cuando visité la Unión Soviética por primera vez, en 1934, encontré allí a una de esas jóvenes, Lila, que acababa de retornar, desde Francia donde la había conocido, a su país. La reencontramos mucho más tarde, mi mujer y yo, en 1962, después de años de silencio forzado; ella se llamaba entonces Lounguina. Ella y su marido, Sima, nos hicieron descubrir, viaje tras viaje, otra Rusia, la de los disidentes, la del *samizdat*, la de los ex deportados.⁵ En "Encuentro en Moscú",

publicado en *Le Nouvel Observateur* en 1982 bajo el título “Liberad a Fiodorov y a Mourjenko”, al evocar la represión y los campos, escribí: “Si usted ama a los rusos y a Rusia, usted se sentirá mal”. Lida y yo estamos mal. Y en la rabia, la indignación, el rechazo de eso que veía en la Unión Soviética, había, como todavía lo hay hoy, mi viejo amor por los rusos y por Rusia. En mí, Moscú y París, como en cada uno de nosotros sin duda lo otro y lo mismo, en dos polos opuestos, jamás han cesado de anudarse.

Notas:

¹ Jean-Pierre Vernant (ed.), *L'Homme grec*, París, 1993. [Hay edición española: *El hombre griego*, Madrid, Alianza, 1995.]

² Roma, Edizioni di Storia e Letteratura. Raccolta di Studi e Testi, 1995 (dos vols., núms. 188-189, 798 pp.).

³ Muchos ya no están; digo sus nombres como me vienen a la cabeza: Lida, Goula, Zina, Ella, Lola, Nina, Nata, Tania, Maia, Fira y, por los muchachos: Tola, Lala, Kira, Valodia y Chourik, para salvar la diferencia masculina. En oposición, para asimilarse a este grupo a Henri Pierre, futuro corresponsal de *Le Monde* en Moscú, se lo había bautizado Pia.

⁴ Lida Vernant enseñó lengua y literatura rusas en la Universidad de París VIII.

⁵ Véase Lila Lounguina, *Les Saisons de Moscou, 1933-1990*, contadas a Claude Kiejman, París, 1990.